

Las sepulcrales

Los cinco amigos acababan de comer. Eran cinco hombres de mundo, de edad madura, ricos, tres casados y dos solteros. Se reunían cada mes en recuerdo de su juventud, y después de comer charlaban hasta las dos de la madrugada. Habían continuado siendo grandes amigos, gustábales su mutua compañía y aquellas veladas eran quizás las más felices que pasaban. Hablaban de cuanto agrada y divierte á los parisienses y su conversación, como la que se sostiene en la mayoría de las tertulias era como una repetición comentada de lo que dicen los periódicos de la mañana.

Uno de los más alegres era José de Bardón, solterón empedernido que llevaba la vida de la gente desocupada y rica. No era ni un libertino ni un depravado, sino un observador, alegre y todavía joven, pues apenas llegaba á los cuarenta. Hombre de mundo en el mejor y más completo sentido de la pa-

labra, aun cuando no tuviera gran inteligencia no le faltaba ingenio, sabía mucho sin ser un erudito, tenía viva la comprensión y de sus aventuras deducía consecuencias y observaciones que le habían dado reputación de hombre listo y agradable.

Era el orador de la reunión. Sus amigos estaban seguros de que les contaría una aventura nueva cada vez que se reunían. Empezó á contarla sin que le incitaran á ello.

Fumaba apoyados los codos en la mesa, con una copa de licor ante el plato, respirando con delicia la atmósfera impregnada de tabaco aromatizado por el vaho del café hirviente, y parecía estar en su propia casa, como pez en agua, devota en capilla ó pájaro en aire.

Entre dos bocanadas de humo dijo:

—Hace poco me ocurrió una extraña aventura.

Casi todos sus amigos exclamaron á una.

—Cuéntanos.

—Ya sabéis—empezó—que me doy largos paseos por París, como esos curiosos que van mirando los escaparates. Yo examino y observo los espectáculos, la gente, cuanto ocurre, todo lo que pasa.

A mediados de septiembre salí una tarde de casa, con tiempo magnífico, sin saber adonde ir. Siempre siente uno vagos deseos de ir á visitar á una mujer bonita. Se escoge entre las conocidas, se compara unas con otras, se mide el interés que os inspiran, el encanto que os producen y al cabo se decide uno siguiendo la inspiración del día. Pero cuando brilla el

sol y el aire es templado, muchas veces os quitan las ganas de tales visitas.

Brillaba el sol, el aire era tibio; encendí un cigarro y me dirigí á los bulevares exteriores. Se me ocurrió la idea de llegarme al cementerio de Montmartre y penetrar en él.

Me gustan mucho los cementerios. Parecen producirme algo así como una sensación de reposo y melancolía que me agradan. Además allí descansan buenos amigos á quienes pocos visitan y que yo visito de cuando en cuando.

Precisamente en el cementerio de Montmartre duermo para siempre una mujer á quien amé con toda mi alma, que me gustaba lo indecible y en la cual pienso con pesar y echándola siempre de menos... Y me gusta meditar sobre su tumba... cosa que ella ya no puede hacer.

Me gustan además los cementerios porque son ciudades monstruosas, enormemente pobladas. Pensad en los muertos que hay amontonados en tan corto espacio, en las generaciones de parisienses que habitan allí para siempre, trogloditas definitivos encerrados en su nicho, en sus agujeros cubiertos por una piedra ó señalados de una cruz, mientras tanto ruido y espacio arman y necesitan los vivos.

Sin contar con que en los cementerios hay monumentos casi tan interesantes como en los museos. La tumba de Cavaignac me ha hecho pensar, lo confieso, en la obra maestra de Jean Goujon, la estatua yacente de Luis de Brezé, tendida en la cripta de la catedral de Ruan, prototipo del llamado arte

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1925 MONTERREY, MEXICO

realista y moderno. Aquel difunto, Luis de Brezé, es más verdadero y terrible que todas las figuras que hoy se ponen sobre las tumbas. El mármol se ha convertido en carne aun palpitante y convulsa por la agonía.

En el cementerio de Montmartre se puede admirar el monumento de Baudin, que tiene grandeza; el de Gautier, el de Murger, donde días atrás ví una sola corona de siemprevivas amarillas. ¿Quién la llevó allí? ¿La última griseta, ya vieja, quizá convertida en portera? Es una linda estatuita de Millet comida por la carcoma y el abandono. ¡Canta á la juventud, oh Murger!

Entro, pues, en el cementerio de Montmartre y de repente se apodera de mí gran tristeza, una de esas tristezas tranquilas que, cuando uno se siente fuerte, hace pensar en tales sitios: "No es muy agradable tal lugar; pero aun tardaré en habitarlo..."

El soplo del otoño, de esa humedad tibia que huele á hojas muertas, y el sol debilitado, cansado, anémico, agravaba, poetizándola, la impresión de soledad y de fin irremediable que flota en aquel sitio, donde tantos hombres se consumen.

Andaba yo despacio por aquellas calles de tumbas donde los vecinos no charlan, ni duermen juntos, ni leen periódicos. En cambio yo empecé á leer epitafios, que es de lo más divertido que se conoce. Nunca me han hecho reír tanto Labiche ni Meilhac como esa prosa grotesca de las tumbas. No hay libro de Paul de Kock que pueda competir con esas losas de mármol, con esas cruces en que los parien-

tes expresan sus votos por la dicha del difunto y la esperanza que tienen de reunirse pronto con él. ¡Para el diablo que los crea!

Lo que más me gusta del cementerio es la parte abandonada, solitaria, poblada de sauces y cipreses, vieja isla de antiguos muertos que pronto se convertirá en una isla nueva, de la cual se derribarán los árboles verdes nutridos de cadáveres, para alinear á los nuevos difuntos en los nichos de mármol.

Después de pasear lo suficiente para descansar mi espíritu, comprendí que iba á fastidiarme y que ya era hora de llevar á la postrera cama de mi amiguita el homenaje fiel de mi recuerdo. Tenía oprimido el corazón al acercarme á su tumba. Pobrecilla... era tan graciosa, tan amante... tan blanca, tan fresca... y ahora... si abrieran aquello...

Inclinado hacia la tumba le murmuré mi dolor, que no debía ver sin duda, é iba á salir cuando ví una mujer vestida de riguroso luto que se arrodillaba junto á la tumba cercana. Su velo de crespón, que llevaba alzado, permitía ver una linda cabeza de rubia cuyos cabellos aplanados en cocas parecían iluminados por una luz de aurora bajo las tinieblas de sus tocas. No me alejé.

Debía sentir pena amarguísima. Había llevado las manos rígidas á los ojos y parecía una estatua meditando, absorta en sus pesares, pasando en la sombra de sus ojos ocultos y cerrados el rosario atosigador de sus recuerdos, como una muerta que pensara en un muerto. Luego adiviné de pronto que iba á llorar. Lo adiviné al ver un leve movimiento de

su espalda, como los estremecimientos que la brisa produce en los sauces. Lloró suavemente al principio, luego más fuerte, con movimientos rápidos del cuello y de los hombros. De súbito descubrió los ojos. Estaban llenos de lágrimas y eran encantadores, ojos despavoridos, como alocados que miraron en torno, como si despertaran de una pesadilla. Vió que la miraba, pareció avergonzarse y de nuevo ocultó el rostro entre las manos. Entonces sus sollozos se hicieron convulsivos y su cabeza se inclinó lentamente hacia el mármol. Puso en él la frente, y el velo, descogiéndose, cubrió los ángulos blancos de la sepultura querida como un luto nuevo. La oí gemir y luego se desplomó sin sentido.

Corrí á ella; le golpeé las manos, le soplé en los ojos mientras leía la inscripción, muy sencilla: "Aquí descansa Luis Teodoro Carrel, capitán de infantería de marina, muerto en el campo de batalla, en Tonkin. Rogad por él."

Aquella muerte acaeciera meses antes. Me sentí enternecido y redoblé mis cuidados. Produjeron buen efecto, porque volvió en sí. Estaba muy conmovido; no soy feo del todo; aun no he cumplido los cuarenta. Comprendí por su primera mirada que se mostraría cortés y agradecida. Así fué, y llorando de nuevo me contó su historia, la muerte del oficial en el Tonkin, un año después de casarse por amor, pues, huérfana de padre y madre, apenas tenía la dote reglamentaria.

La consolé, la animé, la incorporé, la levanté. Luego le dije:

—No se quede usted aquí. Venga.

—No puedo andar—murmuró.

—La sostendré.

—Gracias, caballero; es usted muy bondadoso.

¿Venía usted también á llorar un muerto?

—Sí, señora.

—¿Una difunta?

—Sí, señora.

—¿Su esposa?

—Una amiga.

—Se puede amar tanto una amiga como una esposa; la pasión no reconoce ley.

—Verdad es, señora.

Y salimos juntos, apoyada ella en mi brazo, sosteniéndola por las calles del cementerio.

Al estar ya fuera murmuró desfallecida:

—Me parece que voy á desmayarme.

—¿Quiere usted entrar en algún sitio para tomar algo?

—Sí, señor.

Ví un restaurant, una de esas fondas donde los amigos de los difuntos hacen alto al salir del cementerio. Entramos. Le hice beber una taza de té bien caliente que la reanimó. Sonrió levemente. Me habló de su vida. Era triste, muy triste. Pasaba días y noches en soledad completa y no tenía á quien querer, en quien confiar, á quien estimar.

Parecía sincera. Me gustaba oírlo de su boca. Me enternecía. Era muy joven; podría tener veinte años á lo sumo. La eché unos piropos que no la asustaron demasiado. Luego, como se hacía tarde, le propuse

a acompañarla en coche á su casa. Aceptó, y en el simón permanecimos tan juntos, hombro contra hombro, que el calor de nuestros cuerpos se mezcló á través del vestido, lo cual turba á cualquiera.

Cuando el coche se hubo detenido junto á su casa murmuró:

—No me siento con fuerzas para subir, pues vivo en el piso cuarto. Ya que ha sido usted tan bondadoso ¿quiere darme el brazo hasta mi habitación?

Acepté. Subió lentamente como si le faltara el resuello. Al llegar ante su puerta añadió:

—Pase usted un instante, á fin de que pueda darle las gracias.

Entré, pardiez.

Su casa era sencilla, hasta pobre; pero muy limpia y cuidada.

Nos sentamos uno al lado del otro en un sofá y volvió á hablarme de su aislamiento.

Llamó á la sirvienta para ofrecerme algo qué beber. La criada no compareció, de lo cual me alegré, pensando que no debía tratarse de una criada á todo estar sino de una interina.

Se había quitado el sombrero. Estaba muy linda, mirándome con sus ojos claros tan fijamente, que tuve una tentación y cedí á ella. La estreché en mis brazos y sobre sus párpados que se cerraban la besé, la besé mil y mil veces.

Me rechazaba y repetía:

—Acabe usted... acabe... acabe de una vez.

¿Qué sentido daba á tal palabra? En casos parecidos "acabar," tiene dos cuando menos. Para que ca-

llara la besé en la boca y dí á la palabra "acabar," el significado que más me agradaba. No resistió con gran empeño y cuando nos miramos de nuevo, después de aquel ultraje á la memoria del capitán muerto en el Tonkín, tenía ella una expresión lánguida, tierna, resignada, que disipó mis inquietudes.

Entonces me mostré galante, servicial y reconocido. Y después de estar con ella otra hora, le pregunté:

—¿Dónde come usted?

—En un restaurant de esta calle.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Quiere comer conmigo?

—¿Dónde?

—En un buen restaurant del bulevar.

Se resistió. Insistí. Por fin consintió, diciendo como para su capote:

—Me aburro tanto... tanto...

Luego añadió:

—Me pondré un traje menos obscuro.

Entró en su alcoba.

Cuando salió vestía de medio luto, y estaba encantadora, esbelta y graciosa con un vestido gris muy sencillo. Evidentemente tenía un traje para el cementerio y otro para la ciudad.

La comida fué muy cordial. Bebió champagne, se animó y volví con ella á su casa.

Esta aventura, empezada junto á las tumbas, duró cerca de tres semanas. Pero todo cansa, y singularmente las mujeres. La abandoné pretextando un

viaje indispensable y me mostré muy generoso al dejarla, por lo cual me dió expresivas gracias. Me hizo prometer y jurar que volvería á verla cuando regresara á París, pues pareció haberme tomado afecto.

Busqué otros amoríos y transcurrió un mes por lo menos sin que me acordara lo bastante de mi amorosa funeraria para ceder á la tentación de volver á verla. Sin embargo, no la olvidaba. Su recuerdo me hostigaba como un misterio, como un problema psicológico, como una de esas cuestiones inexplicables cuya solución parece nos necesaria.

No sé por qué se me antojó un día que la hallaría en el cementerio de Montmartre, y allí encaminé mis pasos.

Me paseé largo rato sin encontrar más que á los habituales visitantes de aquellos lugares, los que aun no han roto toda relación con sus muertos. La tumba del capitán muerto en el Tonkin no tenía llorona sobre su losa, ni flores, ni coronas.

Pero al entrar en otra isla de aquella gran ciudad de los que fueron, ví de repente, en el extremo de una estrecha calle de cruces, á una pareja de riguroso luto. ¡Oh estupor! Cuando se acercaron la reconocí. ¡Era ella!

Me vió, se ruborizó y, en el momento de cruzar por su lado, me hizo una seña imperceptible, me dió una ojeada que significaba: "No me reconozca usted," pero que parecía decir también: "Vuelva á verme, querido."

Su acompañante era distinguido, elegante, oficial de la Legión de honor, de unos cincuenta años.

La sostenía, como yo mismo la sostuve al salir del cementerio.

Me fuí estupefacto, pensando en lo que acababa de ver, á qué raza de busconas sepulcrales pertenecía aquella mujer. ¿Era una simple ramera, una prostituta lista que iba á buscar junto á las tumbas á los hombres tristes, hostigados por el fantasma de una mujer, esposa ó amante, y turbados aún por el recuerdo de las caricias agotadas? ¿Era ella la sola? ¿Son muchas? ¿Es aquello un oficio? ¿Se "hace," el cementerio como se "hace," una calle? ¡Las sepulcrales! ¿Fué ella la única que concibió la idea admirable, profundamente filosófica, de explotar los pesares de amor que se reaniman en aquel lugar fúnebre?

Gustárame saber de quién era viuda aquel día.

EL PAPÁ DE SIMÓN